

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA – COMISIÓN EPISCOPAL DE MINISTERIOS
Secretariado Nacional de Formación Permanente de los Presbíteros

Encuentro Nacional de Sacerdotes
Villa Cura Brochero
5 – 7 de septiembre 2017

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios

La dimensión espiritual en la formación permanente
Miércoles, 6 de septiembre

En una ocasión se me acercó un laico para agradecer por una homilía. Es una escena muy frecuente en la vida sacerdotal. Pero llamó mi atención lo que dijo: «muchos sacerdotes exponen ideas brillantes, hablan de política y de economía, invitan al compromiso social... pero muy pocos hablan de Dios». En su sencillez, este fiel cristiano estaba expresando una intuición importante: es frecuente que los presbíteros experimenten notables carencias en su propia vida espiritual. Este señor se refería sólo a las homilías, pero nosotros podríamos ampliar el campo de observación a las actitudes pastorales de los presbíteros, constatando esta misma carencia. El sacerdote es un hombre de Dios y esto se debe percibir con suficiente claridad en su palabra, sus silencios, su presencia y sus actitudes. Cuando hay ambigüedades en la vida espiritual se produce, en mayor o menor medida, un escándalo.

Introducción.

Durante los años posteriores al Concilio Vaticano II ha existido una abundante reflexión sobre la **espiritualidad del sacerdote diocesano**, sus formas de vida y sus actitudes pastorales. Se trata de un camino espiritual de configuración con Cristo Pastor en la pertenencia (incardinación) a una Iglesia particular, que exige un dinamismo de conversión permanente. Queda claro que los presbíteros encuentran un camino espiritual en el mismo ejercicio del ministerio sacerdotal y, aunque pueden participar de otros carismas, no necesitan encontrar en éstos la fuente de la propia espiritualidad.

En general los presbíteros han tomado conciencia de las profundas implicaciones espirituales del ejercicio del ministerio sacerdotal, que han sido ejemplificadas en las figuras de tantos sacerdotes cuya santidad de vida ha sido proclamada por la Iglesia. Han existido avances significativos en la comprensión de la espiritualidad diocesana y más específicamente de la espiritualidad del sacerdote diocesano. Sin embargo, enfrentamos en muchos presbiterios una **realidad contradictoria**: el tono general de los presbiterios frecuentemente no sintoniza con estas ideas. En ocasiones el comportamiento de los presbíteros demuestra que existe una notable ambigüedad en su propia vida espiritual que incluso desedifica a los fieles.

En este sentido, conviene recordar, siguiendo la Exhortación *Pastores Dabo Vobis: La formación del presbítero en su dimensión espiritual es una exigencia de la vida nueva y evangélica a la que ha sido llamado de manera específica por el Espíritu Santo infundido en el sacramento del Orden*¹. De este modo se puede afirmar con toda claridad que la vida sacerdotal es una vocación evangélica, tanto o más que la vida religiosa o la de clausura. El lenguaje que utilizamos para hablar de la espiritualidad sacerdotal, especialmente lo que se refiere a la configuración con Cristo Pastor y a la entrega apostólica al pueblo de Dios, supone y exige una experiencia mística y una perseverante práctica ascética, es decir, una verdadera vida espiritual.

La configuración con Cristo Pastor

El proceso de configuración con Cristo Pastor se inicia en la formación inicial, especialmente durante la etapa teológica, a la que la nueva *Ratio Fundamentalis* llama «configuradora», pero se trata de un proceso gradual, que no termina nunca. El presbítero se halla en una continua tésitura de Configuración con el Señor. Esto se consigue a través de la oración contemplativa, que partiendo de la observación detenida de las palabras y actitudes de Jesús, ahonda en sus sentimientos, actitudes y motivaciones.

¹ Juan Pablo II, Exhortación Apostólica *Pastores Dabo Vobis*, 72.

En el mismo número 72, continúa diciendo *Pastores Dabo Vobis: El Espíritu, consagrando al sacerdote y configurándolo con Jesucristo, Cabeza y Pastor, crea una relación que, en el ser mismo del sacerdote, requiere ser asimilada y vivida de manera personal, esto es, consciente y libre, mediante una comunión de vida y amor cada vez más rica, y una participación cada vez más amplia y radical de los sentimientos y actitudes de Jesucristo*². Este proceso exige una asidua práctica de la oración centrada en la meditación del Evangelio, práctica profundamente coherente con la preparación de la homilía diaria, en la que ha insistido el Papa Francisco. Este es un ejemplo de cómo el mismo ministerio sacerdotal es cauce para la santificación de los presbíteros. La sola preparación de la homilía, si se hace consistentemente, constituye una preciosa plataforma de santidad sacerdotal.

He dicho que la configuración con Cristo se realiza de manera gradual desde la formación inicial. Ahora quisiera profundizar un poco más en esta **gradualidad**, porque me parece un camino transitable para la renovación espiritual también en la formación permanente.

El primer rasgo de Cristo que todo creyente ha de asumir, y es criterio de discernimiento para cualquier vocación cristiana, es el del **humilde servicio**, según el modelo de Cristo Siervo. El sacerdote debe estar convencido de que no ha venido para ser servido, sino para servir³ y para dar su vida en una actitud oblativa, cultivando consecuentemente una tendencia al desprendimiento, al abajamiento y a la entrega de sí. Es llamado, como San Pablo, a convertirse en siervo y esclavo de todos⁴. Como María, el presbítero acude presuroso al servicio de los demás⁵. Este es el rasgo fundamental con el que es necesario configurarse. Para quien lo hace así, los títulos académicos u honoríficos, las ganancias materiales, el aplauso de la gente, los éxitos apostólicos, el reconocimiento de la autoridad y cualquier otra clase de gratificación, pasan a un segundo plano, porque encuentra en el servicio pronto y humilde una alegría profunda, la de su propia identidad cristiana. Sin actitudes de humilde servicio se desfigura el ministerio sacerdotal.

Un segundo rasgo de configuración es el de **Cristo Pastor**. Se trata de una imagen que tiene una profunda raíz bíblica. En el Antiguo Testamento se aplicó la imagen pastoral a los reyes y gobernantes. Los vehementes textos de los profetas que denuncian el mal comportamiento de los pastores y anuncian un pastor según el corazón de Dios hacen ver la gravísima responsabilidad de quien por su negligencia permite que se disperse el rebaño y sea víctima de las fieras salvajes. En el Nuevo Testamento esta imagen se aplica a Jesús y al ministerio apostólico. Pastor es el que guía a las ovejas, las conoce por su nombre, las defiende de las fieras, las cura y las

² Ibid.

³ Cf. Mt 20, 20-28.

⁴ Cf. 2 Cor 11, 5-33.

⁵ Cf. Lc 1, 39-45.

conduce a pastos y, finalmente, da la vida por el rebaño. La imagen de Cristo Pastor está indisolublemente unida a la de Cristo Siervo. Por eso es incompatible con el deseo de poder y el dominio. Pastor es el que sirve y da la vida. Por este motivo es tan profundamente contradictorio que los sacerdotes abusen de las personas vulnerables y de los menores de edad. Precisamente el Señor les ha encargado los corderitos, es decir, a los más débiles, para protegerlos de quienes intentan abusar de ellos. La espiritualidad del Buen Pastor plantea de esta manera unas exigencias grandes para el ministerio presbiteral que ha subrayado el Papa Francisco: la cercanía del pastor, la misericordia del pastor, su empatía y solicitud por cada una de las ovejas⁶.

Un tercer rasgo de configuración del sacerdote con Jesús es el de **Cristo Sacerdote**. La imagen bíblica del sacerdote tiene en el trasfondo tanto el sacerdocio hebreo como el pagano. La Carta a los Hebreos hace toda una elaboración de esta imagen sacerdotal para aplicarla a Cristo, distinguiéndolo radicalmente de otros tipos de sacerdocio. Cristo es el sacerdote que ha aprendido a obedecer padeciendo. Ha colocado el ancla de la barca de la Iglesia en el mismo corazón de Dios, para abrir al pueblo un camino directo al Padre. Es un sacerdote espléndido por el don de sí mismo. La imagen sacerdotal y todo el ejercicio litúrgico del sacerdocio católico nunca se debe desvincular del Cristo Siervo y Pastor. El humilde servicio y la entrega pastoral son las claves interpretativas de su servicio cultural. En las acciones litúrgicas se exige la más profunda humildad y la actitud del pastor que da la vida por el rebaño.

Un cuarto rasgo es el de **Cristo Esposo**. A través de esta metáfora se expresa la unión definitiva del sacerdote con la Iglesia, como si se tratara de un vínculo matrimonial. Es frecuente la imagen de Dios esposo en el Antiguo Testamento. En los textos proféticos se extrapola esta imagen para poner de relieve la fidelidad absoluta y gratuita del Señor para con su el pueblo que se ha elegido. Esta fidelidad no depende de la correspondencia del pueblo a su amor. Dios ama gratuitamente, a quien aparentemente no merece ser amado. Cuando se habla de Cristo esposo de la Iglesia se hace alusión a su corazón traspasado, a un amor no correspondido, fiel y definitivo. Con esta imagen de Cristo esposo se configura el presbítero a través del ejercicio del ministerio sacerdotal, asumiendo con magnanimidad las dificultades e incomprensiones que están siempre presentes.

Así llegamos a una quinta imagen, la de **Cristo Cabeza**. Ésta supone todas las anteriores y desde ellas se comprende. Por cabeza se entiende el servicio de autoridad y de conducción de la comunidad cristiana. Evidentemente una interpretación cristiana del concepto de autoridad debe ir unida al humilde servicio y totalmente desligada de cualquier perspectiva o deseo de poder. De otra manera no sería un camino de configuración con Cristo, que sólo ha reconocido ser rey en el camino de

⁶ FRANCISCO, *Evangelii Gaudium*, 160-170.

la pasión. En este sentido considero urgente que los presbíteros eviten toda ambigüedad. Utilizamos los términos «ministerio» y «servicio» para designar la función de los pastores en la Iglesia, por ello nuestras actitudes de servicio deben ser claras.

Se dice con frecuencia que el Papa Francisco enseña antes con el ejemplo que con la palabra. En su modo de actuar es fácil reconocer los rasgos de configuración espiritual con Cristo que he señalado. Quizá este modo de ser sacerdote será más capaz de evangelizar a una cultura que contesta y rechaza directamente los planteamientos de cristiandad y exige a los ministros de la Iglesia una presencia sobre todo testimonial.

El radicalismo evangélico.

Si continuamos analizando el n. 72 de la *Pastores Dabo Vobis*, nos sorprenderá descubrir que se refiere al **radicalismo evangélico de los presbíteros**: *En esta relación entre el Señor Jesús y el sacerdote —relación ontológica y psicológica, sacramental y moral— está el fundamento y a la vez la fuerza para aquella «vida según el Espíritu» y para aquel «radicalismo evangélico» al que está llamado todo sacerdote y que se ve favorecido por la formación permanente en su aspecto espiritual.*

Nos hemos habituado a una teología de las vocaciones que asigna a la vida religiosa el radicalismo evangélico. Es verdad que los religiosos y religiosas aportan a la Iglesia la radicalidad de las bienaventuranzas en un seguimiento cada vez más estrecho de Jesús. Pero al hacer la teología de las vocaciones estamos hablando de un cuerpo vivo, en el cual la característica que especifica una vocación es participada por todos. Hay una tendencia a considerar la única vocación al seguimiento de Cristo con modalidades diversas que subraya esta sintonía profunda entre todos los carismas.

En este postulado encuentro el fundamento para plantear la **exigencia de radicalismo evangélico** que comporta el ministerio presbiteral. Si los religiosos se comprometen a la radicalidad por medio de la profesión pública de los consejos evangélicos, los sacerdotes, por su misma misión santificadora están llamados, de una manera urgente, a la santidad. De modo que expresiones clásicas de la teología y espiritualidad de la vida religiosa serían perfectamente válidas para el ministerio sacerdotal. Me refiero a las siguientes: radicalidad en el seguimiento de Cristo, vida contemplativa, entrega misionera, disponibilidad absoluta, imitación de Cristo pobre, casto y obediente, etc. Todo ello se afirma, con razón, de los religiosos, pero desde otro punto de vista se debe afirmar también de los sacerdotes. Por ejemplo, no es que el sacerdote deba hacer vida de clausura, pero la contemplación de Cristo es una necesidad perentoria en su espiritualidad, y los religiosos y religiosas están para recordárselo.

La *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis* afirma la importancia de recorrer este camino espiritual durante la formación permanente: *El cuidado pastoral de los fieles exige que el presbítero posea una sólida formación y una madurez interior, ya que no puede limitarse a mostrar una “simple apariencia de hábitos virtuosos”, una obediencia meramente exterior y formal a principios abstractos, sino que es llamado a actuar con una gran libertad interior. Se espera de él que interiorice, día tras día, el espíritu evangélico, por medio de una continua y personal relación de amistad con Cristo, hasta llegar a compartir sus sentimientos e imitar su comportamiento*⁷.

La exigencia de la vida interior **incluye los medios espirituales** que deben ser considerados una parte necesaria de la espiritualidad sacerdotal: la oración mental o meditación, suficientemente prolongada, que permita la oración contemplativa; una vida ascética que profile un estilo de austeridad y de orden y abra la posibilidad de la imitación de rasgos específicos de la persona de Jesús; una vida sacramental vivida con profundidad y asiduidad.

Así lo subraya el texto de la *Ratio Fundamentalis*: *Para formarse en el espíritu del Evangelio, el hombre interior necesita un **atento y fiel cultivo de la vida espiritual**, centrado prioritariamente en la comunión con Cristo, a través de los misterios celebrados a lo largo del año litúrgico y alimentado en la oración personal y en la meditación de la Palabra inspirada. Por medio de la oración silenciosa, que le dispone a una relación auténtica con Cristo, el seminarista aprende a ser dócil a la acción del Espíritu, que progresivamente lo configura a imagen del Maestro*⁸. Los medios que se señalan aquí son válidos durante la formación inicial pero sobre todo durante la formación permanente.

El cultivo de la vida espiritual tiene también una función correctiva que mira el ejercicio del ministerio presbiteral: *En esta relación íntima con el Señor y en la comunión fraterna, los seminaristas serán acompañados **para identificar y corregir** la “mundanidad espiritual”: la obsesión por la apariencia, una presuntuosa seguridad doctrinal o disciplinar, el narcisismo y el autoritarismo, la pretensión de imponerse, el cultivo meramente exterior y ostentoso de la acción litúrgica, la vanagloria, el individualismo, la incapacidad de escucha de los demás y todo tipo de carrerismo*⁹. *Al contrario, **sean educados para** la simplicidad, la sobriedad, el diálogo sereno, la autenticidad y, como discípulos a la escuela del Maestro, aprendan a vivir y a actuar desde la caridad pastoral que corresponde, al ser «siervos de Cristo y administradores de los misterios de Dios» (1 Cor 4,1)*¹⁰.

⁷ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 41.

⁸ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 42.

⁹ Cfr. *Evangelii gaudium*, nn. 93-97: AAS 105 (2013), 1059-1061.

¹⁰ CONGREGACIÓN PARA EL CLERO, *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, 42.

La auténtica espiritualidad presbiteral se expresa por medio de **actitudes que podemos llamar sacerdotales** porque dan testimonio de Cristo en el ejercicio del ministerio y por ello se esperan del sacerdote, entre ellas: la amabilidad, la disponibilidad para el servicio, la escucha, la libertad ante los bienes materiales, la cercanía a los pobres y a los pequeños, la capacidad de salir a las periferias y buscar a los alejados. Son actitudes que contemplamos en Jesús y en los santos sacerdotes a lo largo de la historia de la Iglesia.

La oración cristocéntrica asidua.

Si continuamos analizando el n. 72 de *Pastores Dabo Vobis*, notaremos que pone una especial atención a la **oración personal del sacerdote**: *la vida de oración debe ser «renovada» constantemente en el sacerdote. En efecto, la experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la Liturgia de las Horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu.* Habla el texto de un **verdadero encuentro personal** y de un **coloquio confiado**.

Un tejido de citas de la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* que se pueden aplicar directamente a los presbíteros, reafirman esta convicción:

La Iglesia [los presbíteros] necesita [n] imperiosamente el pulmón de la oración (262)... Se trata de **una necesidad imperiosa**, de una urgencia impostergable, algo sin lo cual no podemos vivir ni continuar ejerciendo el ministerio sacerdotal.

... necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial (264)... Es una actividad que exige detenerse, **abrir un espacio de clamor personal en la vida cotidiana**, un tiempo sagrado de recuperación de la propia fe.

... Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida. Cada vez que uno vuelve a descubrirlo, se convence de que eso mismo es lo que los demás necesitan, aunque no lo reconozcan (265)... Es oración que tiene por objeto a Cristo, su vida sus gestos y actitudes, en un **talante decididamente contemplativo**, que toca con profundidad la vida del presbítero y renueva en él el impulso evangelizador.

Pero esa convicción se sostiene con la propia experiencia, constantemente renovada, de gustar su amistad y su mensaje. No se puede perseverar en una

*evangelización fervorosa si uno no sigue convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo (266)... Se trata de **optar por escuchar su Palabra** antes de hablar al pueblo de Dios, de hacer una experiencia personal, de conocer inmediatamente a Jesús.*

El resultado final es **una vida presbiteral sin ambigüedades... Unidos a Jesús, buscamos lo que Él busca, amamos lo que Él ama (267).**

He querido presentar la oración contemplativa como un instrumento útil, un camino deseable y un ámbito de discernimiento de la vocación presbiteral y del ministerio pastoral. Con una práctica orante como la que describen los documentos citados, todo se puede esperar, porque la configuración es obra del Espíritu Santo que se realiza a través de la mediación orante.

Los vínculos fraternos en el presbiterio

El acompañamiento, que durante los años del Seminario es realizado por los formadores, en la formación permanente tiene como referencia fundamental la **íntima fraternidad presbiteral**. En los vínculos fraternos de distinto tipo, los sacerdotes encuentran los auxilios pertinentes para su vida espiritual: la confesión sacramental, la dirección espiritual y la ayuda fraterna en cualquier necesidad.

Es fundamental que los presbíteros se habitúen a acudir a sus propios hermanos en el presbiterio, gestionando cualquier dificultad que experimenten primero y prioritariamente con otros sacerdotes. Allí se encuentra el **justo equilibrio** para la relación con los fieles laicos y para las ayudas profesionales. Uno de los factores que se repiten en los casos de abandono del ministerio presbiteral es precisamente la falta de una adecuada relación con los hermanos y en concreto la carencia en la dirección espiritual.

La devoción mariana.

Los presbíteros en el ejercicio del ministerio pastoral experimentan un vínculo con la religiosidad del pueblo de Dios que repercute positivamente en su vida espiritual. Este vínculo incluye diversos aspectos, pero me refiero particularmente a la devoción mariana. Además de ser un elemento importante de la vida espiritual, según el testimonio de tantos santos sacerdotes, la devoción mariana une al presbítero con su pueblo, fortaleciendo los vínculos fraternos con todos los creyentes.

Una vida de perfección.

Finalmente, el n. 72 de Pastores Dabo Vobis concluye diciendo: *Lo que el apóstol Pablo dice de los creyentes, que deben llegar «al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13), se puede aplicar de manera especial a los sacerdotes, llamados a la perfección de la caridad y por tanto a la santidad, porque su mismo ministerio pastoral exige que sean modelos vivientes para todos los fieles.* La Iglesia de hoy necesita presbíteros que crean que es posible esta perfección sacerdotal y caminen decididamente hacia ella.

Es conveniente que los presbíteros tengan buena salud física y psíquica para poder servir al pueblo de Dios, pero es absolutamente necesario que gocen de buena salud espiritual para guiar a ese pueblo en la vía de la salvación. La santificación del sacerdote en la configuración con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote, Esposo y Cabeza, es obra de la Santísima Trinidad, que cuenta con las mediaciones humanas propias del ejercicio del ministerio presbiteral.

PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO.

1. ¿Cuál es el estado de tu vida espiritual? ¿Experimentas la necesidad de una renovación espiritual?
2. ¿Cómo vives la configuración con Cristo Siervo, Pastor, Sacerdote, Esposo y Cabeza? ¿Existe la necesaria relación entre estas imágenes cristológicas?
3. ¿Experimentas la necesidad de recuperar el pulmón de la oración? ¿Qué lugar ocupa la oración en tu horario de cada día? ¿Qué piensas de la contemplación de Cristo en el Evangelio?

✠ Jorge Carlos Patrón Wong
Arzobispo-Obispo Emérito de Papantla
Secretario para los Seminarios
Congregación para el Clero